

EL ROL DEL ARQUITECTO EN EL MOMENTO PRESENTE

por Gustavo Munizaga Vigil, M. A. U. D.*

Definir en su sentido estricto es limitar, por esto, más que partir de una serie de definiciones nos interesaría plantear en esta reunión, ciertas hipótesis para discusión que nos permiten explorar este campo tan amplio y por otro lado sujeto a tantas diferencias de apreciación. Muchas de ellas han sido ya planteadas en discusiones en la Universidad.

Hoy quizás sea válido también plantearnos algunas preguntas y pautas sobre nuestro "ser" como arquitecto y el papel de la arquitectura en nuestro país.

Como una primera hipótesis creemos que la obra arquitectónica está fundamentalmente basada en tres actividades que en diversos modos desarrolla el arquitecto:

- Una actividad consciente previa en el diseño de definición y organización abstracta e intelectual de un esquema de relaciones, de una jerarquización de funciones, lo que podría llamarse PROGRAMAR.
- Una actividad de conocimiento de los diversos medios, materiales y administrativos que se dispone, de la eficiencia de su uso y comportamiento y de un saber hacer, que significa técnica. Esto lo llamamos CONSTRUIR.

(*) Arquitecto. Director, Instituto de Urbanismo. Facultad de Arquitectura. Universidad Católica de Chile.

—Finalmente, una actividad que se expresa en una actitud personal del arquitecto, en su sensibilidad de organización, verdad en el uso de los medios técnicos e intención de sintetizar y que llamamos **EXPRESAR**.

La arquitectura al comenzar de un programa, se racionaliza, se hace consciente. Ya no es sólo intuición, porque el arquitecto tiene que relacionar, jerarquizar y ordenar elementos que están fuera de sí mismo y que él no controla necesariamente.

La arquitectura al ser construcción, no se concretiza en lo teórico y abstracto; es oficio práctico; es objetividad. La construcción como técnica requiere que el arquitecto se proyecte en el mundo del hacer y no sólo como una expresión puramente personal, sino como una tarea de muchos. Architectum, “lo mejor, lo más alto del saber hacer”.

La arquitectura también nos presenta una expresión al ser reflejo de algo más que lo puramente construido. Se ha organizado racional y funcionalmente una serie de relaciones que materializan una necesidad, pero además se ha creado, es decir, se ha llevado a la realidad del color y de la forma, del espacio y su medida, de su uso y de los materiales componentes, una idea-intención.

Todo esto lo podríamos descomponer entonces, en sus elementos fundamentales e integrar en una fórmula o una secuencia de relaciones, arquitectura como un proceso integrado de programación, construcción y expresión del instrumental físico para el desarrollo de las funciones humanas.

Tenemos primero al hombre, tenemos las actividades del hombre. Estas actividades se desarrollan en un ambiente, en un medio natural o en uno artificial, al ser conformado por el hombre —problema de ecología— y mediante un instrumental que llega a constituir la arquitectura.

a) Organización, Coordinación, Ordenamiento: Programación

Este aspecto nos está indicando que la arquitectura es una actividad fundamental de síntesis más que de análisis. Síntesis ordenada y jerarquizada. El orden y jerarquía implican la existencia de partes en un todo y la arquitectura, por esto, conoce las partes, lo singular, por lo que en ella hay elementos de investigación previa a una formulación sintética. El arquitecto debe conocer los componentes para jerarquizarlos en un programa, para ordenarlos en espacios y forma, para coordinar las relaciones funcionales que se producirán en la obra construida y constituirán el **PROGRAMA**.

Todo esto exige que el arquitecto o el estudiante de arquitectura

distinga claramente lo específico de cada una de las variables con las cuales trabaja en el mayor grado posible, pero con la finalidad de integrarlas, de enfocar su acción a las relaciones de interdependencia que se producen en cualquier complejo o sistema "constructible". En este sentido trabaja estrictamente también con modelos y esquemas, que serán construidos, pero que previamente deben ser organizados. EL PROGRAMA, por eso, toma hoy día una especial importancia y la programación se va explicitando como un método básico en nuestras tareas.

b) La construcción

Este segundo aspecto es lo que hace que la actividad del arquitecto no se concrete en el plano teórico o abstracto; tiene objetivos pragmáticos. El primer aspecto de nuestra definición, en cierto sentido podría ser considerado como un proceso lógico y posiblemente abordable hasta matemáticamente. Este segundo enfoque nos permite distinguir el dilema o dicotomía constante en la arquitectura; entre el mundo subjetivo del arte y el mundo objetivo de la técnica. La dicotomía nos parece que es sólo aparente, y organización y orden no ser opuestos ni limitadores de la creatividad.

Quizás lo que más distingue al arquitecto es que debe ser fundamentalmente objetivo en cuanto a su finalidad y si bien como creador en el campo de su sensibilidad es subjetivo, como hombre constructor (técnico) debe ser objetivo; en cierto sentido —desde sí mismo— debe interpretar a los demás, al mundo y no sólo a su propia individualidad, lo que implica conocer la realidad externa (ciencia) y cambiarla, adecuarla y transformarla (técnica) para expresar en ella su subjetividad (arte).

La construcción como técnica requiere que el arquitecto sea operacional en el hacer, y como su construir no es sólo expresión de su propia inquietud sino participación y dirección en una tarea de muchos, la arquitectura sale de la gratuidad y expresión personal del arte para hacerse oficio y tarea de la colectividad y sujeta a las normas de la eficiencia de una profesión. La construcción se origina en el estado de indigencia del hombre, en su necesidad de cubrirse y de conformar su intimidad familiar y social, en sus necesidades biológicas y psicológicas. De aquí que las actividades que el hombre desarrolla para subvenir a estas necesidades son sujeto de la economía. Este es otro factor fundamental de objetivización y tecnicidad de la arquitectura, que citando a Gropius, sería la traducción semántica del "arqui-tectum", de "lo mejor, lo más alto del saber hacer" y que relaciona a la arquitectura con otras especialidades o profesiones que subvienen a necesidades humanas, como la Economía, Ingeniería, Administración, Medicina, Agronomía o Educación.

c) La expresión

Por expresión queremos significar todo el mundo de valores e intencionalidad que encierra la obra arquitectónica como creación personal y social.

Pues, hacer arquitectura es desmaterializar a la materia para hacerla símbolo conceptual, emoción y síntesis, en que “la verdadera simplicidad —como dice Ben Thompson— aparece al final de una exploración de la complejidad, de un resumen conciso de todo lo que realmente se necesita decir”. Es corriente que esta frase —“lo que se necesita decir”— sea lo más difícil de exteriorizar.

Podemos ver como prueba de esto que planteamos, tanto de la arquitectura que nos rodea en nuestras ciudades: en las casas, edificios y otras construcciones en que vivimos y en las cuales desarrollamos nuestra vida recibiendo de ellas y representándonos en ellas. Una arquitectura que es reflejo de los valores que nos animan y que puede ser un elemento educador, una motivación o una perversión y expresión de nuestro propio vacío. Los arquitectos después de romper con el pasado y comenzar a hacer las cajas vidriadas, o los bloques de *muranit* modernos; ¿tienen más que decir, o la sociedad los deja expresar más que una mediana mediocridad? y pregúntemosnos. ¿Es esto CREACION?

d) El instrumental

Hemos dicho que el arquitecto participa en la construcción de un instrumental. ¿Qué queremos decir con ésto que parecería tan restrictivo? Instrumental sería todo el equipo, todo lo que es utilizado para desarrollar una actividad, “*todo aquello que sirve para*”.

Cuando Le Corbusier, anteriormente a la Segunda Guerra Mundial, formuló que la casa sería una “*machine á vivre*”, levantó las controversias más apasionadas por el aparente utilitarismo y deshumanización de su definición.

Sin embargo, sólo ahora comprendemos cómo no hizo más que adelantarse a su época, que todavía discutía el peligro del control del hombre por la máquina o la total mecanización o instrumentalización del ser humano por la ciencia y la técnica.

En los últimos treinta años y sobre todo después de la explosión técnica y científica que se produjo posteriormente a la Segunda Guerra Mundial, y en gran parte debido a ella, la aparente antinomia entre máquina y ser humano ha perdido el carácter dogmático que llegó a tener, y hoy se plantea en su verdadero carácter: la máquina comienza a liberar y a potencializar al hombre en grandes áreas de su actividad y la

contradicción se ha convertido hoy en un desafío a un mayor desarrollo del ser humano a través del uso y control de la máquina.

Por cierto que en este aspecto, el desafío plantea que, a medida que el hombre inventa máquinas cada vez más complejas y las usa para manejar situaciones también de mayor complejidad, necesita él mismo plantear su existencia en este nivel de complejidad y riqueza de experiencia. Esta es la labor de síntesis creciente que a cada ser humano y a la comunidad les corresponde realizar, y expresar como a nadie al arquitecto.

El rol del Arquitecto.—La “máquina para vivir” de Le Corbusier acentuaba al carácter de instrumento mecánico y construible, la función para que el hombre viviera, de la casa. El “para vivir” era lo importante de esta definición, lo que continuaba la tradición funcional pero sintética de la arquitectura. Y este instrumento era “máquina” porque se creía que la máquina con las connotaciones que tiene de medio de fabricación en serie, de descomposición en partes producidas industrialmente, de fabricación a un menor costo por mayor producción y por ende, el acceso de una mayoría creciente de seres humanos a esta máquina de vivir, se contribuiría a una mejor vida. Esta fue la gran fé y visión que tuvo ese equipo de profetas —arquitectos que se organizaron desde el año 28 en el Primer Congreso Internacional de Arquitectura Moderna. Gropius, Le Corbusier, Aalto, Saarinen, Sert, Tyrhówitt, Bakema, Weissmann, Mies, para mencionar sólo algunos, podrían ser tachados de utopistas, si la historia no hubiera confirmado hoy sus postulados. Quizás no ha existido después, un grupo que con igual visión continúe su tarea, de explicitar a la sociedad nuestras tareas y las infinitas posibilidades de progreso que la técnica permite.

El instrumental que propusieran en las décadas del 30 y del 40 abrió al arquitecto a través del Urbanismo campos que hasta entonces nadie había pensado integrar o que por la evolución de la arquitectura estaban separados. En el primer caso, arquitectura, ciencia y técnica, integración de arquitectura, economía e integración de sociología. En el segundo, la arquitectura con las artes y técnicas complementarias; pintura, escultura, paisajismo, amoblamiento, decoración, construcción y diseño de equipos mecánicos.

Quizás se pudiera generalizar, en que todavía este instrumental era físico y estaba supeditado al diseñar, que el arquitecto todavía era el que “visualizaba” las soluciones a los problemas del habitat, pero el arquitecto de esa época hizo tomar conciencia a la ciudad de sus problemas. De esto hace 30 años... ha vuelto a cambiar al mundo. El año 39 llega Gropius a Harvard y comienzan en la línea del Bauhaus a cambiarse las Escuelas de Arquitectura que todavía hacían Beaux Arts. En Chile el año 49, en una de nuestras Universidades, se quema el Vignola... ¿Se ha terminado el academismo, el formalismo, el capricho en la arquitectura? ¿Se ha reorientado la práctica de la profesión a las nue-

vas posibilidades de la técnica, a los valores cambiantes de un mundo convulsionado? ¿Nuestras instituciones profesionales y las escuelas de arquitectura están conscientes de las nuevas dimensiones que puede y debe tomar la arquitectura?

Hoy día debemos enfrentarnos al hecho de que la mayor complejidad de los problemas ha significado la racionalización y la toma de conciencia de la total interdependencia de los fenómenos, con lo cual, si bien se está determinando una especialización creciente de las actividades, roles y disciplinas, se desplazan las fronteras y se exige mayor integración del todo y una mayor síntesis en el arquitecto.

Al instrumental físico, a sus métodos de investigación y operación se van agregando métodos e instrumentos cada vez más complejos que de una disciplina se exportan a otras. La máquina ahora no sólo produce objetos, produce ideas, relaciones y abstracciones lógicas, que permiten al hombre enfrentar nuevas tareas. No sólo se construyen viviendas; se programan todas las variables de un Plan Habitacional, e incluso mediante computadores, comienza a explorarse el diseño de caminos, el traslado a planos de complejas ecuaciones de superficies y curvas en aeronáutica, y la traducción de plantas y fachadas a perspectivas matemáticas. Prácticamente podría llegar el día en que todo lo que traduce en planos y sintetiza en el diseño un arquitecto, lo podría hacer una máquina.

¿Qué nos plantea todo ésto?

Todos estos instrumentos no hacen más que confirmar que el hombre es su inventor, que aplica su ingenio a solucionar problemas y que necesariamente se rige por las leyes de la eficiencia, del saber hacer las cosas. El arquitecto es y debe ser inventor, y no sólo debe explorar en el campo del cómo se ven las cosas sino también del cómo se usan. Hay un mundo en que la arquitectura todavía vacila en penetrar, en el que no sólo las partes de una casa conforman arquitectura, sino todos los instrumentos habitables por el hombre son sujeto de la arquitectura, y sobre todo la síntesis que es una ciudad o un sistema de ciudades.

El nuevo rol y las nuevas responsabilidades.— Nuestro instrumental refleja la amplitud de las actividades de la sociedad contemporánea: conjuntos habitacionales, sistemas de carreteras, complejos industriales, puertos y represas, ciudades satélites, centros espaciales, terminales de transporte. Todo ese instrumental que supera las posibilidades de ser obra de un solo hombre y que implica la labor de equipos, el uso de técnicas integradas. Que para ser realizado requiere a su vez de una evaluación, programación y coordinación exacta. El “cómo hacer” comienza a ser más importante.

Queda preguntarse si el arquitecto está preparado para manejar estas nuevas dimensiones y si la síntesis del dibujo y la visión creati-

va bastan. En una época se pensó que la confección de ropa a máquina terminaría con los sastres y con el vestuario de calidad. Hoy ya no parece así. Y cuesta menos comprar un abrigo. ¿Las viviendas industrializadas terminarán con el arquitecto y la arquitectura, o hay aquí otro campo en que hay mucho por hacerse? Aunque para algunos la vivienda de interés social no sería Arquitectura con mayúscula.

El arquitecto tiene entonces que operar hoy, no sólo sobre un instrumental de gran complejidad que requiera de mayor capacidad de síntesis, sino con la cantidad, la complejidad y vastedad en las obras. Miles de unidades que repetirán los errores en su diseño o que llevarán calidad, adecuación y belleza a muchos hombres.

Esto construido y diseñado, lo que en la obra se expresa ¿no es también el modo con que los arquitectos contribuyen en la formación de la sociedad y del hombre? De aquí que el arquitecto supere la responsabilidad del técnico y más allá de la eficiencia, integre en la obra valores que llevarán a los hombres a descubrir la riqueza, variedad y verdadera dimensión de sí mismos y del mundo. Arquitecto que ya en el siglo XVII Alberti definía como... "aquél que por arte y métodos seguros y maravillosos, es capaz por su pensamiento e intención de imaginar, y en la ejecución completar, todas aquellas obras que por medio del movimiento de grandes pesos y la conjunción y agrupación de cuerpos, puedan, con la más grande belleza, ser adaptados a los usos de la humanidad".

e) El concepto de desarrollo

Quisiéramos plantear este aspecto de nuestra visión de la arquitectura contemporánea en torno a dos ideas centrales: las de CRECIMIENTO y de CAMBIO.

La explosión demográfica, las infinitas posibilidades de la energía y de la técnica, y sobre todo hoy la explosión de las ideas y de las aspiraciones, nos sitúan ante un fenómeno de cambio de total magnitud en las características de la existencia del hombre sobre el planeta. El cambio, el sentido dinámico de la existencia y el valor que este último concepto ha tomado en la filosofía contemporánea —son el contexto, la "circunstancia" de nuestra época.

Nuestro mundo, nuestro país sobre todo, se caracteriza por la existencia en él de estos dos fenómenos. Si bien crecimiento y cambio son constantes en la historia y en la naturaleza, nunca como hoy la velocidad de cambio y la dimensión del crecimiento son tan intensas. Es imposible analizar todas las consecuencias que tiene este hecho, pero algunas nos atañen especialmente: deberíamos construir casi todo el mundo de nuevo en 60 años por el crecimiento de la población, pero también se presenta el hecho, de que el cambio en el hombre, en la

sociedad y en la técnica, puede tornar todo lo que se hace hoy, inútil en un mañana. De ahí que se plantea la necesidad de una nueva actitud en la arquitectura y en los métodos que emplea. Desglosar la obra —objeto de la arquitectura tradicional, en el sistema flexible, en la coordinación modular, en el diseño cíclico de infraestructura, en las megaestructuras. Y si por la magnitud y el cambio que caracterizan a los fenómenos sobre los cuales actuamos, sabemos que no podemos construirlo todo y terminar una tarea que debe continuar en otras generaciones, hoy como nunca es necesario plantear la parte que se realiza en función de todas sus relaciones y con todas sus consecuencias; lo demás sólo lleva al caos.

Para terminar esta exposición que necesariamente hemos querido restringir a sólo ciertos aspectos, nos queda un último punto de nuestro enfoque.

f) Desarrollo ecológico de actividades

Las funciones ecológicas.—La ecología es el estudio de las relaciones del individuo con su medio. Hemos usado este término porque parecería que no sólo las funciones humanas son sujeto de la arquitectura. Lo importante es que nosotros adecuamos o construimos el habitat artificial que terminará por ser connatural al individuo que en él se desarrolla y lo ocupa. Podríamos preguntarnos si un laboratorio, un zoológico, un jardín botánico, una estación espacial o un submarino ¿no son temas de arquitectura?

Aquí se plantea la especial relación que la arquitectura tiene con sus ocupantes y con la naturaleza circundante. Hecho por y para el hombre, lo construido a su vez hace y condiciona al hombre. Hecha en el ambiente físico natural, la construcción lo determina, lo cambia y a veces incluso lo destruye. El hombre que respondía a los incentivos del medio natural, va transformando a la naturaleza y a su vez a su propia naturaleza. La nueva naturaleza, el nuevo mundo que se está construyendo y la relación con el mundo en que nació y evolucionó el hombre —y que puede ser destruido, o perfeccionado por la obra del hombre— nos conduce a que todo el devenir del hombre y del planeta está pendiente de lo que sea este nuevo mundo construible. Una represa, la creación de lagos artificiales en cuencas hidrográficas, las nuevas centrales de energía, la ocupación de cerros y desiertos, nuevas supercarreteras, proyectos como el plan de Tokio de Kenzo Tange, cambian las condiciones topográficas, climatéricas y el asentamiento de la población sobre los territorios.

Los efectos biológicos y psico-sociales que este nuevo habitat ha traído y traerá sobre la población son inmensos. Y cabe preguntarse, sobre todo en nuestro país, si se está consciente de las implicaciones

que trae a una sociedad, el que coexistan en ellas sistemas de vida y necesidades que requieren de una alta tecnología, con una mentalidad en tantos aspectos provinciana y fatalista, que espera solucionar problemas masivos de asentamiento de su población con una organización inferior a la de un club de fútbol. La carreta y los dos millones de habitantes en una ciudad son excluyentes. Nuestra responsabilidad como profesionales ¿tiene algo que ver con ésto? Cuántas veces nos critican en base a que pareciera que la tarea del arquitecto independiente o funcionario no pudiera despegarse de la cuadra colonial, del ante-jardín de tres metros, de la albañilería reforzada, de una arquitectura jibarizada, de casitas individuales con jardincitos con pretensiones tropicales o japonesas y toda clase de elementos menores de decoración. ¡En tantos aspectos se sigue trabado por ordenanzas, reglamentos, directores y directivas, que permiten tener muchas reglas para el “juego” en que parece haberse tornado la arquitectura!

En torno nuestro, a pesar de los reglamentos y de los Planes Reguladores, se sigue extendiendo la ciudad y su población; a un mundo construido en el que viven seres humanos y en que nos podemos preguntar si todo esto no es más bien “mini-arquitectura”. ¿Qué clase de vida se condicionará en él? Y como ejemplo en Santiago, hablo de las poblaciones marginales del Sur-Poniente tanto como de las poblaciones un poco más pretenciosas del Oriente.

El mundo se urbaniza en una proporción masiva y definitiva, luego, la nueva naturaleza, el nuevo marco que construimos arquitectos, ingenieros, inversionistas y políticos, es todo lo que dejaremos al futuro de la especie.

Por ésto, nos atrevemos a plantear algunos ejemplos de nuestra ciudad y algunas otras de nuestro país, para ver si seguimos, a pesar de tantas necesidades, con la mente en el pasado y la técnica más como un problema que como un instrumento, en una insensibilidad colectiva tantas veces satisfecha.

Creemos que nuestra sociedad sigue sin reconocerse en el caos que construye y en la naturaleza que destruye, y hace válida la pregunta de cuál es nuestro papel y responsabilidad.